

CONTRA LA ESPAÑA TRANSGÉNICA

De los seis millones de toneladas de soja que entran anualmente en España un 66% es transgénico. En el caso del maíz son cada año un millón y medio de toneladas de variedades modificadas con genes de bacterias las que se importan. A ello hay que sumar las 400.000 toneladas de maíz modificado producidas en nuestro país, el único de la Unión Europea en el que se cultivan a escala comercial. Si tenemos en cuenta que dos tercios de los alimentos que ingerimos habitualmente contienen derivados de la soja y del maíz, nos podemos hacer una idea de la cantidad de alimentos conteniendo transgénicos que acaban en nuestro plato.

En teoría, según la nueva normativa europea, deberían estar adecuadamente etiquetados, y por tanto cada consumidor debería ser libre de elegir qué alimentos terminan en su mesa. Sin embargo, los muestreos que hasta la fecha ha realizado Greenpeace en numerosas tiendas y grandes superficies españolas no han encontrado apenas alimentos indicando en la etiqueta la presencia de ingredientes derivados de organismos modificados genéticamente (OMG) a lo largo de su ciclo de elaboración.

Ciertamente una parte sustancial de la soja y el maíz importados acaba siendo utilizada en piensos para animales, pero los productos derivados de animales ni siquiera deben advertir en las etiquetas que los animales han sido alimentados con piensos transgénicos.

En definitiva, nos guste o no, los OMG están en nuestra comida. Pero nadie nos ha preguntado si los queremos. Así que los transgénicos nos son impuestos sin que los pidamos, ni los necesitemos. Es por ello conmovedor ver cómo algunos creadores de opinión se llevan las manos a la cabeza y nos acusan de tratar de imponer nuestro punto de vista cuando Greenpeace asalta uno de los cientos de barcos que entran en los puertos españoles cargados con transgénicos. Como ciudadanos obedientes debemos comer lo que nos venden, y... mucho cuidado con protestar.

Por si esto fuera poco, también el gobierno Bush quiere decidir sobre lo que comemos: la administración de EEUU ha emprendido un proceso a través de la Organización Mundial de Comercio (OMC) solicitando a la Unión Europea 1.800 millones de dólares por la pérdida de exportaciones de maíz, cuestionando con ello el derecho que

todo país tiene a rechazar la comida derivada de la ingeniería genética. Lo cual hace cierto el dicho de "tener a Bush hasta en la sopa..."

Somos muchos los ciudadanos conocedores (o no) de los impactos de los organismos modificados genéticamente sobre el medio ambiente que no queremos transgénicos. Estamos seguros, además, de que sólo conocemos la punta del iceberg. No queremos que el control sobre nuestros alimentos quede en manos de un puñado de corporaciones multinacionales. Por si fuera poco, y en aplicación del principio de precaución, no nos fiamos de la propaganda sobre la inocuidad de los transgénicos para la salud. Según las encuestas, en el conjunto de la Unión Europea más del 70% de la ciudadanía rechaza este tipo de alimentos.

Definitivamente algo no está funcionando bien, y desde Greenpeace creemos que ha llegado el momento de cambiarlo. Por un lado no es de recibo que España siga siendo el patio trasero de los transgénicos en Europa: una especie de caballo de Troya por el que van introduciéndose en el continente europeo gracias a la connivencia entre el anterior gobierno y determinadas multinacionales. Hay multitud de casos que demuestran que en España los cultivos transgénicos están contaminando otros cultivos, incluso campos de agricultura ecológica. Por otra parte, es hora de exigir que se aplique el etiquetado claro y visiblemente para facilitar la elección del consumidor, incluyendo los productos de animales alimentados con piensos que contengan OMG.

Por último, hay que denunciar la utilización que las corporaciones hacen de la tragedia del hambre para promover los transgénicos. El envío de alimentos transgénicos como ayuda en situaciones de emergencia, no es más que una forma inmoral de compensar la pérdida de mercados en Europa. Baste recordar que el problema del hambre es una consecuencia de la mala distribución de los recursos. Los transgénicos son buen ejemplo de un modelo de producción que incrementa las desigualdades, y acentúa por ello los problemas, en vez de resolverlos.

Pongamos punto y final a esta corta experiencia con los OMG, antes de que sea demasiado tarde. Ello puede conseguirse erradicando su cultivo en España; controlando las importaciones y no autorizando ningún transgénico nuevo en España. 🌱